

Un sueño „litúrgico”

Tal vez de tanto contemplar día a día la variedad de árboles y arbolitos que habitan en el bosquecito de nuestra casa de Las Calles tuve este sueño...

Sonaba que estaba en una iglesia que no era católica ni protestante o evangélica, sino probablemente ecuménica, podía ser durante una misa, o algún otro rito religioso. Yo era el cantante, y a mi lado había otra persona más joven que cantaba conmigo. Al principio me pareció reconocer en esa persona a alguna de mis hijas pero, al ir desarrollándose el sueño fue tomando el rostro de Marta. Tenía en mis manos el libro de cantos que no era ni pequeño ni grande, tampoco era muy grueso y abajo de cada página estaban escritos los textos de los cantos. Podían ser salmos o himnos, o una combinación de los dos con versos y párrafos algunos conocidos, otros no tanto. Arriba de los textos y ocupando toda la página estaba la ilustración en colores de un hermoso árbol. De una raíz común se elevaban derechito hacia arriba dos troncos que se iban separando paulatinamente, uno fuerte y más grueso a la izquierda, otro más fino y gracioso a la derecha. De los dos troncos nacían en todas las direcciones las ramas sin espinas, repletas de hojas coloridas. El árbol era el pentagrama y las ramas, las hojas eran las notas musicales, más altas o más bajas, más largas o más cortas, que yo iba leyendo mientras cantaba! La melodía subía o descendía por las ramas, a veces se detenía en algún punto de ellas o en sus hojas, pero siempre mansa, suave y libremente... De esa manera se iba formando la canción.

La persona que tenía al lado en un momento me susurró que ella no conocía bien esta escritura musical, y por eso le estaba costando dificultades el descifrarla. Yo le respondí pidiéndole que se tranquilice, simplemente pruebe seguirme y así podremos seguir cantando juntos. De repente me dí cuenta que algo no estaba bien, ya que yo estaba cantando solfeando o sea, no con el texto, sino pronunciando el nombre de las notas, a pesar de que al pie de cada página estaba escrito el texto que debía acomodar a la melodía. Y también me dí cuenta que, lamentablemente, tampoco era capaz de hacerlo como lo exigía el libro, por eso le dije en voz baja al que estaba a mi lado. „No, no puedo, no sé hacerlo y tampoco me animo a improvisar delante de tanta gente, mejor vos leé el texto en voz alta siempre que yo me detenga en el canto”. Ella comenzó a leer el texto, al principio clarito y articulando muy bien, tratando que sea perfectamente comprensible, pero al poco tiempo la lectura comenzó a volverse atropellada y confusa, como cuando alguien quiere terminar lo antes posible... en ese punto mi sueño se interrumpió y tomó otros rumbos insignificantes de los cuales no me acuerdo.

A la mañana, durante el desayuno le conté el sueño a Marta. A ella le gustó y enseguida me preguntó, „Que significará, tal vez que extrañás el canto?” Respondí que no, creo que los sueños no tienen significados ocultos y por descifrar, son sólo la mezcla que hace el inconciente de experiencias y sucesos que nos han ocurrido, y que de esta mezcla puede resultar un sueño bello como en este caso, o una pesadilla.

A pesar de eso, el sueño me dió que pensar. No tendrá significado pero sí me puede ofrecer algo por aprender. Porque en el sueño, donde mi voz se diluía perfectamente con la melodía que yo leía del/o en el árbol, vislumbré que así también podría o debería „subir” hacia Dios la melodía de mi vida, de la vida, de la naturaleza, de los árboles, del río, de la piedra y más que nada y en primer lugar la melodía de todos y cada uno de los hombres. La melodía más hermosa que enlaza lo creado con el Creador.

Me acordé cuando durante tantos años cantabamos los domingos al amanecer el hermoso Oficio de las horas... y también recordé que muchas veces algo me faltaba. Porque a pesar de estar cantando en comunidad la probablemente más hermosa oración creada por el hombre, ésta también era rígida y a menudo me sujetaba impidiendo dejar volar lo que tenía en mi interior.

En mi canto del árbol en cambio, a pesar de que él me guiaba a través de sus ramas, de sus hojas, yo mismo podía subir, bajar libremente, como mi corazón (o el Espíritu?) me llevaba. La partitura del árbol no era algo estricto y rígido que yo debía descifrar sin equivocarme, sino que en cada curva, en cualquier momento, en cualquier silencio me deparaba algo inesperado, algo que me sorprendía y que me ofrecía la oportunidad de seguir según mi intuición o inspiración... hasta el infinito si el sueño no hubiese terminado. El texto que figuraba al pie de la página tampoco era palabras, frases para leer al pie de la letra sino que siguiendo el modelo de los textos sagrados dejaba lugar a los propios pensamientos, a las propias palabras y oraciones. En el sueño el texto se comenzó a distorsionar cuando la lectura se volvió monótona, acalabrada. En ese momento se transformó en sólo un rejunte ininteligible de palabras vacías. Si quiero que mi canto que sube hacia Dios sea lo más bello posible, se deben fusionar en uno el texto y la melodía, de manera que la una siga obediente y con amor a la otra y viceversa. Y así, juntas, hagan volar hacia Él los pensamientos, sentimientos, anhelos, penas y alegrías, y por sobre todo el agradecimiento por todo lo recibido.

